

## Un artículo desconocido de Valera sobre Consuelo de López de Ayala

\* \* \*

Por Cyrus DeCOSTER

Después de la muerte de Valera, su hija Carmen preparó, con la ayuda de su marido, Francisco Serrat, la edición de las *Obras completas*. Incluyeron todo lo que había sido coleccionado antes y añadieron mucho material que yacía disperso en revistas y periódicos. A pesar del esfuerzo, la edición no era completa. En nuestras dos colecciones, *Obras desconocidas de Juan Valera* (1965) y *Artículos de «El Contemporáneo»* (1966), recogimos varios artículos que los señores Serrat no habían encontrado o que omitieron. Pero se nos escapó la reseña de *Consuelo* que publicamos a continuación.

El 10 de marzo de 1878 Valera escribió a Menéndez Pelayo: «En *Los Debates* de hoy, como todos los domingos, hay un artículo mío de crítica sobre las *Rimas* de Querol» (1). El 24 de febrero publicó un artículo sobre las *Soledades* de Eusebio Blasco (coleccionado en *Obras completas*); el 3 de marzo otro sobre *Poesías españolas* Carlos Manuel (coleccionado en *Obras desconocidas*); el 10 y 17 de este mismo mes dos sobre las *Rimas* de Querol; siete días más tarde, el 24, otro sobre *Horacio en España* de Menéndez Pelayo (éstos en *Obras completas*); y, por último, el 31 de marzo la crítica de *Consuelo*. Este artículo, como los otros, apareció sin firma, pero por el estilo y las ideas expresadas es, con toda seguridad, de Valera.

Valera reseñó tres de las *altas comedias* de López de Ayala, todas benévolamente. Un breve comentario sobre *El tejado de vidrio* salió en *La Revista Peninsular* en 1855. Resumió la intriga, caracterizando el asunto de «en extremo ingenioso». En vez de expresar su propia opinión de la obra, Valera catalogó unos reparos que, según él, otras personas habían hecho: «A muchos les parece que la lección debió ser más dura; a otros, que asunto tan

(1) *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, 1877-1905*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, p. 23.

delicado y resbaladizo no debió ponerse en escena, por moral que sea el desenlace; y a no pocos, que el poeta, queriendo pintar *la sociedad del buen tono*, no ha sabido hacerlo» (2). ¿Es Valera quien habla aquí? El hace distingos sin parecer hacerlo.

En 1861 Valera escribió una crítica más extensa de *El tanto por ciento* (3). Empezó citando el comentario de Hartzenbusch: «¡Calderón ha resucitado!» Hartzenbusch, por supuesto, exageraba, pero era una pieza estimable, superior a todo lo que él había imaginado. Había mucho que elogiar: la vitalidad de los caracteres. Los personajes malos no eran completamente malos; eran débiles, eran pecadores, pero no se hacían odiosos al público. La mayor excelencia de la obra estaba en la acción y Valera alabó las escenas de celo y desesperación amorosa de la protagonista en el segundo acto. En su comentario sobre la versificación vemos otra vez cierto tono de reserva: «El drama de *El tanto por ciento* me pareció escrito en buenos versos y con una sobriedad de estilo rara en el día y muy recomendable».

Diecisiete años más tarde, Valera escribió esta larga crítica de *Consuelo*. Analiza en profundidad la acción y los caracteres —la vanidad de Consuelo, la nobleza de Fernando y de la madre, la chulería de Ricardo—. Sacamos la impresión de que Valera gustó de la obra, aunque no se compromete a juzgarla categóricamente.

Estas tres reseñas seguramente no le desagradaron a López de Ayala. Leyendo entre líneas percibimos que Valera tenía ciertas reservas en cuanto a los dramas, pero en su correspondencia con su amigos literarios, Menéndez Pelayo y Narciso Campillo, vemos su verdadera opinión de Ayala expresada sin distingos: que él era un escritor pomposo con una reputación hinchada. Escribió a Menéndez Pelayo desde Washington en 1884: «Que me envíe Catalina para los libreros sus versos de usted, el libro de Cánovas y otras cosas así; no las cosas de Ayala, que fuera de España y de los que admiraron sus ojos y sus bigotes no se pueden aguantar» (4). Y a Campillo desde Bruselas en 1887: «Ayala, por ejemplo, ha sido y es aún, según la crítica lo ha dispuesto, un Calderón, un Shakespeare, un águila en la dramática y en la lírica; pero ya nadie le lee desde que se murió, y no es Ministro ni Presidente de las Cortes» (5). Valera nunca fue tan franco en sus escritos destinados al público. En otra carta a Menéndez Pelayo explicó, refiriéndose a Ayala: «Yo soy de opinión que a los vivos debe uno juzgarlos con la mayor indulgencia» (6). No se debía perjudicarlos, y además el público leía tan poco que no se debía desanimarlo.

(2) *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1961, II, 71.

(3) *Obras completas*, II, 223-28. No hemos podido averiguar dónde se publicó por primera vez este artículo. Según la fecha de composición, parece que fue en *El Contemporáneo*, pero no lo hemos encontrado allí.

(4) *Epistolario*, pp. 197, 286.

(5) «Centenario del autor de *Pepita Jiménez*. Cartas inéditas de Valera», ed. J. Domínguez Bordona, *Revista de la Biblioteca. Archivo y Museo*, III (1926), 437-40.

(6) *Epistolario*, p. 172.

**Consuelo, drama en tres actos y en verso, por don Adelardo López de Ayala**

Anoche tuvo lugar en el teatro Español una gran solemnidad literaria: la primera representación de la obra, cuyo título encabeza este artículo. Asistió a ella la sociedad más escogida de Madrid: literatos, hombres políticos de todos los partidos, damas elegantes, un público, en suma, inteligente e imparcial, pues si puede afirmarse que había amigos del poeta, más habían de ser sus adversarios, unos por resentimiento de haber sido abandonados en el camino de la revolución en que antes él los acompañaba o más bien los guiaba; otros por envidia o disgusto de ver que en el camino de la contrarrevolución, que ellos seguían desde hace mucho, se les ha adelantado él, saliendo de improviso por un atajo, y poniéndoseles delante y hasta subiéndose encima.

Motivo hay, pues, de suponer que no estaban las cosas muy preparadas para el éxito. El éxito, no obstante, fue grandísimo. El señor Ayala alcanzó anoche un verdadero triunfo. Los aplausos fueron espontáneos, estrepitosos y entusiastas. El poeta tuvo que presentarse varias veces en la escena, al terminar el drama.

Demostrado, en nuestro sentir, que el drama fue aplaudido con toda sinceridad, trataremos de demostrar que fue también aplaudido con justicia.

Nuestro juicio va ser improvisado; va a ser el de la primera impresión. No hemos leído el drama; no hemos conservado en la memoria una sola frase; no podremos citar aquí ni un verso siquiera.

Nuestro juicio tendrá también el defecto del desaliño del estilo y del lenguaje; tendrá el desorden propio de lo que se tiene que escribir al correr de la pluma.

Con todo, preferimos esto a dilatar el dar nuestro juicio. Tal como sea éste, a pesar de todas sus faltas, declaramos desde luego, aunque parezca inmodestia, que va a tener un mérito, fácil sin duda de obtener, pero muy raro en el día, a pesar de todo: el mérito de la templanza y de la moderación, así en el elogio, como en la censura.

Desde luego todo el drama está magistralmente escrito y gallarda y briosamente versificado.

Su argumento, en resumen, esto es, prescindiendo de pormenores, es como sigue. Consuelo tiene desde la niñez relaciones íntimas de amistad con Fernando, el cual la adora. La madre de Consuelo, aunque Fernando es pobre, le desea para marido de su hija, porque es discreto, laborioso y honrado. Consuelo, no obstante, se deja arrastrar por la codicia, se deja seducir por la vanidad, y prefiere a Ricardo que es muy rico, y con Ricardo se casa, terminando así el acto primero, cuya acción es bastante lánguida, si bien hace desde luego nacer el interés en el ánimo de los espectadores y le mantiene muy vivo, despertando la curiosidad y el afán de oír los otros dos actos, en los cuales marcha en efecto con rapidez creciente la acción dramática, no nacida de casos eventuales, sino de la inflexible dialéctica de las pasiones y del natural desenvolvimiento de los bien trazados caracteres.

Importa, antes de referir los ulteriores sucesos hasta llegar al desenlace, exponer brevemente los caracteres que el autor pone en juego.

Consuelo, que es la heroína o protagonista, ya que su nombre da título a la obra, es una figura moral harto difícil de determinar y de fijar bien, dentro de los estrechos límites de una composición dramática. Su condición, su modo de ser es de la más completa verdad humana, y por esto mismo es más difícil el retrato. Más fácil es hacer alegorías, personificar vicios o virtudes, dar cuerpo y lenguaje humanos a una abstracción: a la inocencia, a la ambición, a la avaricia, al valor, a la cobardía, etc.

Molière hacía ésto magistralmente, y por tan sencillo procedimiento de encarnar las abstracciones y de vestir las con traje de su época, crea el misántropo, el avaro, el hipócrita, la coqueta, el marido manso y sufrido, el *parvenu* vanidoso y tonto, la petimetra ridícula y pedantesca y otros personajes de sus comedias, admirables sin duda, pero a quienes les falta verdadera vida. No así los personajes de Shakespeare o los de Cervantes en el *Quijote*, los cuales no son una pasión, ni un vicio, ni una virtud, sino algo de complejo, de tal suerte enlazado en un todo orgánico, que engendra con palabras un ser más real en apariencia, más sustancial y más duradero y tenaz para persistir en la imaginación y en la memoria de los hombres, que los héroes de la historia.

A este género de personajes pertenece Consuelo: y en dicho género es de la especie más difícil de retratar en pocos rasgos. No tiene facciones marcadas. Hay en Consuelo mucho de vago, de confuso, de irracional, de falta de fundamento, y sin embargo, Consuelo es una mujer como hay muchas. Nada más real ni más verosímil. Las medias tintas de su carácter se pintarían mejor en una larga novela, donde hay espacio para analizar todos los sentimientos, seguir a un personaje en todos los actos de su vida, penetrar en el fondo de su alma, y examinar y estudiar todos los resortes de sus acciones y todas las fibras de su corazón.

En un drama hubiera sido necesario un esfuerzo casi milagroso para pintar a Consuelo, haciéndola interesante con interés estético.

A pesar de esta dificultad, Consuelo es un personaje bien ideado y trazado. Algo contribuyente a que no guste al público cuanto debiera gustarle, el representar defectos muy comunes en el día, el satirizar los vicios de la sociedad moderna. La mujer, a quien le remuerde la conciencia de tener algún parecido con Consuelo, no gusta de Consuelo.

Si Consuelo fuese una gran pecadora, una malvada, un monstruo, ya gustaría estéticamente. Elevándose, aunque en lo peor, por cima de lo usual y corriente, no acusaría el parecido, ni ofendería, como ahora ofende.

Debemos advertir aquí, para descargo de nuestra conciencia, que ni creemos que el poeta imagine que hoy tienen las mujeres más afición al dinero ni al bienestar que en otras edades, ni que nosotros tampoco lo creemos. Debilidad muy propia de todas las épocas es ésta en todo ser humano; y en la mujer quizá más general y desde luego más disculpable, pues al cabo un hombre tiene mil medios de brillar y de hacerse rico y sujeto de valía; mientras que la mujer apenas tiene otro medio que de conseguir, merced al amor

de un hombre, la posición, la jerarquía y los bienes de fortuna que por nacimiento no tiene.

Volviendo al carácter de Consuelo, diré que es su carácter el no tenerle; pero el no tener carácter es un carácter. Ya casada por razón de estado y de hacienda, ama a su marido, no se sabe bien si por obligación o por costumbre, y tiene celos, no se sabe si por vanidad o por amor.

Su marido satisface todos sus caprichos y gustos de lujo y magnificencia. Es un hombre correcto en sus modales. No decimos bien educado, porque es harto vulgar y plebeyo para que le haya podido entrar hasta el fondo de la buena educación.

Por lo demás es insignificante por su inteligencia, y por su voluntad un hombre vano y frívolo. No se acaba de comprender tampoco ni tal vez él mismo lo comprendía, si estuvo alguna vez enamorado de su mujer; si después está o no enamorado de una cantarina llamada Adela, y aún si es o no capaz de enamorarse. Baste saber que Ricardo está encaprichado por la cantarina, y que ésta, picando su amor propio o por otros medios, le tiene cautivo en sus redes.

Los celos de Consuelo la hacen infeliz, mas no la hacen simpática. Repetimos que no se ve bien que nazcan estos celos de verdadero amor a su marido. Por otra parte, como ya hemos dicho, el marido vale tan poco, que no merece amor, ni merece otros celos que los que nacen de la vanidad herida. Es verdad que Consuelo declara a su madre que está ya enamorada locamente de su marido; pero no nos basta, ni nos convence esta declaración. Dado el concepto que de Consuelo tenemos, no vemos sino vanidad y frivolidad y frialdad en todo, salvo en la vanidad misma.

La vanidad, con ser una pasión femenina, pequeña, infantil si se quiere, puede elevarse sobre el coturno, llegar a lo trágico.

Una mujer frívola y vana no tiene, por su voluntad y por su entendimiento, más personalidad que un niño; pero como en la sociedad, en el hogar doméstico, en la vida toda, la mujer tiene importancia grandísima, de aquí a veces lo trágico, lo terrible, lo profundamente perturbador de esa vanidad en no pocas ocasiones.

La vanidad, pues, de Consuelo, es el gran resorte del drama, la fuerza que da impulso a la acción toda que a nuestros ojos se desenvuelve. Por vanidad pecó Consuelo casándose con Ricardo, y en su vanidad es castigada, viendo que Ricardo prefiere a una cantarina, le regala las mismas joyas que ella tenía, y hace luego un remedo de dichas joyas para que Consuelo no las eche de menos.

Por último, el castigo de la vanidad de Consuelo se presiente que será más duro porque su marido quiere irse a París en compañía de la cantarina, pretextando una comisión y si no logra que le den la comisión, sin cohonestar su ida con ningún pretexto.

Ya hemos dicho, y repetimos ahora, que hablamos de la primera impresión.

No es posible que sigamos paso a paso y por todos sus trámites el desen-

volvimiento acelerado de la acción. Sólo podemos tocar los puntos más culminantes.

Hay un personaje en extremo simpático, moralmente bello, de varonil y espiritual belleza. Este personaje es Fernando.

Fernando, en el segundo acto, aparece rico también.

Consuelo vuelve a verle cuando más celosa está de Ricardo; cuando mayor deseo siente de darle celos, de vengarse de él, haciéndole sentir los tormentos que siente ella.

Hay un concierto donde canta la cantarina Adela. Consuelo no quiere que vaya al concierto su marido. Este no cede a las súplicas de su mujer y se decide a ir. Va a escribir un billete a quien le convida, aceptando el convite, y Consuelo se sienta en la misma mesa y escribe a Fernando, dándole una cita para aquella noche, a la hora en que su marido estará en el concierto.

Consuelo escribe su billete delante de su marido, para irritarle, para desafiarle, para provocar una explosión de cólera, en vez de la indiferencia que frisa en desprecio y que tanto le duele y humilla.

Esta escena es de una verdad y de un realismo pasmosos.

Hacia el fin, no obstante, se extrema un poco, haciendo harto aborrecible e indigno a Ricardo, el cual, si bien no envía la carta a Fernando, la deja sobre la mesa, con desdén criminal y atroz, pues aquella carta, que por despecho había escrito su mujer, podía comprometerla del modo más grave, y deshonorarla, deshonorándole a él, aunque sólo fuese cayendo en manos de un criado o de una persona extraña.

Sea como sea, otro personaje del drama, un amigo de Ricardo, llamado Fulgencio, ve la carta sobre la mesa, advierte que va dirigida a Fernando, y a Fernando la entrega.

Fernando se ha hecho hombre de tanto valer, que de él depende que Ricardo vaya a París con la comisión que desea. Fernando está convidado a comer por Fulgencio e introducido de nuevo en la intimidad del objeto de su amor; pero Fernando, virtuoso, recto, hombre de conciencia y honor, quiere huir de las ocasiones de lograr por malos medios lo que por el buen camino no pudo lograr, o de presenciar desairada y villanamente la ventura doméstica de su rival y de su ingrata Consuelo. Dispuesto está a no comer con ellos, a no frecuentar su casa, y a no tener la criminal complacencia de dar la comisión a Ricardo para que abandone a su mujer.

Fulgencio le da el billete de la cita. Fernando la lee, y cambia entonces de propósito. El monólogo que sigue a la lectura del billete es el momento grande del drama: el foco de la acción; el núcleo luminoso y brillante del poema.

Movido el héroe por amor, entreviendo que sus esperanzas ya muertas renacen de súbito, columbrando el logro de los deseos de su vida entera, tocando casi la realización de sus sueños, el término venturoso de sus suspiros, el amor ferviente de su alma satisfecho al cabo, salta, no sin violentarse, por cima de todos los obstáculos que su rectitud le pone delante, ahoga la voz de la conciencia, se resigna, no sin noble repugnancia y briosa lucha, a

mentir, a engañar, a disimular para que se cumpla al fin lo que anhela, y se resuelve a acudir a la cita.

Cuando, bajo esta impresión, termina el acto segundo, el espectador queda ansioso, confuso, lleno de la más viva curiosidad sobre el término del suceso, una vez así preparado. De lo que ya no se puede dudar es de que este término no será dichoso; tiene que ser, por fuerza, muy duro; tiene que ser un castigo cruel, una lección moral de las más terribles. En la frivolidad desalmada de Consuelo, al escoger, para encender de nuevo en el corazón de Ricardo el amor ya apagado, al mismo cuyo amor había desdeñado y burlado por vanidad y codicia, hay delito inconsciente y refinamiento de crueldad y de egoísmo, de que ella misma no se da cuenta.

Se teme, pues, que en el tercer acto, al llegar Fernando a la cita, al creer que va a alcanzar el goce de un bien al que todo lo ha sacrificado, y por cuya posesión huella y pisotea la ley moral, sus sentimientos honrados y la severidad de sus principios, y al ver que todo ha sido una burla y que Consuelo le ha tomado para ciego instrumento de su reconciliación con Ricardo, y para medio de excitar en él el amor con el estímulo de los celos, se teme, decimos, que Fernando, cuyo brío y energía conocemos ya, apartado de la buena senda, lanzado con ímpetu por la rápida pendiente de una pasión criminal, y viéndose burlado, blanco de ludibrio y del escarnio si se resigna, mate a Ricardo, ahogue a Consuelo entre sus manos o la insulte del modo más atroz y hasta él mismo se mate. En resolución, el terror ha llegado a su colmo, y el presentimiento de una escena trágica hasta lo sumo, está en todos los corazones.

La escena trágica que se presiente, ocurre en efecto, y por dicha, para el señor Ayala, no es inferior a lo que se finge la fantasía del público impaciente.

La entrevista y el diálogo entre Consuelo y Fernando son admirables, y exceden en energía y magnificencia a lo presentido.

El drama, con todo, no termina sino de un modo imprevisto, y por imprevisto más bello.

Ni Fernando mata a Ricardo, ni se venga en Consuelo, ni se vuelve contra sí mismo al verse escarnecido.

Otro personaje simpático, bellísimo, verdadero también, y no menos noble que Fernando, viene a serenar la tempestad, o mejor dicho, a mitigarla, impidiendo que la acción halle su término fatal en una catástrofe sangrienta. Este personaje es la madre de Consuelo. Consuelo misma la llama y le pide que la socorra, que la ampare y que la saque del abismo en que su liviana vanidad y sus pasiones miserables la han precipitado.

Ya Fernando llama a gritos a Ricardo para vengarse en él, ya se impacienta de que tarde en llegar, cuando la madre de Consuelo acude llamada por su hija. La madre de Consuelo había sido protectora, favorecedora, amiga, tanto o más que una madre para Fernando. Sólo así logra que se calme, y le amansa, y le induce a partir, desistiendo de su natural propósito de vengarse.

Así evita el señor Ayala, con arte e inspiración dignas de todo elogio,

que tenga su drama desenlace sangriento, sin que decaiga en lo trivial, sin que sean inferiores o inadecuados los fines con los medios, sin que la explosión final deje de responder a la pujanza de los combustibles acumulados.

Fernando se retira por un corredor, que previamente han cerrado. De aquí que no puede irse.

La madre de Consuelo se retira fatigada. Esta noble señora está muy enfermiza desde hace tiempo.

Queda sola Consuelo, y llega su marido al cabo.

La escena entre marido y mujer tal vez convendría que fuese más breve.

Pasado ya el grande interés, lo más trágico y enérgico, todo desmaya.

Fernando, además, sin poder irse por el corredor, y sin poder entrar en la sala, tiene fatalmente que hacer un papel desairado, oyendo al paño el coloquio de los esposos y viendo las caricias y ternuras de ella para ver si logra que no se vaya él con la cantarina.

Ricardo la desdeña y se va.

Desdeñada Consuelo y abandonada por su marido, aparece de nuevo Fernando que le da con severidad la última lección y se aparta de ella y la deja para siempre.

La madre de Consuelo, entretanto, tan quebrantada de salud, no ha podido resistir a tantas emociones. La doncella de Consuelo entra despavorida y anuncia su muerte.

Consuelo cae por tierra, como herida del rayo.

Abandonada por su marido y por su amante, y muerta su madre, en cierto modo por culpa suya, Consuelo lamenta su horrible soledad, y el drama termina.

Reconocemos que no reflejan sus bellezas estos desaliñados renglones, escritos con febril precipitación: pero sírvanos de disculpa el afán de dar antes que nadie alguna noticia del drama al público que no ha tenido aún el gusto de verle en el teatro.

Ya hemos dicho el valer que tienen en nuestro sentir los personajes principales: Consuelo, Fernando, Ricardo y la madre.

Fulgencio es un galopín vulgar, facilitón y cómodo, hábilmente trazado.

Los dos criados, lacayo gallego y doncella andaluza, hablan con mucho primor y galanura: son chistosos a veces, por más que el señor Ayala sea más apto para la sátira fuerte que para lo jocoso y ligero; y tienen, por último, el defecto de hablar demasiado, y de hablar de cosas de que en la vida real es naturalísimo que hablen, pero algunas de las cuales deben desecharse en la representación artística, por impertinentes o no conducentes a la acción, que debe ir libre de tales tropiezos.

La representación fue muy esmerada. Los actores mostraron talento y dieron pruebas de buena voluntad.

El señor Vico, sobre todo, estuvo a la altura de su papel: supo identificarse con el noble personaje que representaba. En el monólogo bellissimo y en la no menos bella escena de la cita, nos conmovió profundamente, hasta el extremo de darnos rabia de que le aplaudiesen, interrumpiéndole y destruyendo la ilusión que causaba.

La señorita Mendoza Tenorio es linda, elegante, tiene buena voz, comprende y siente y expresa bien; pero le falta cierto reposo y dominio de la escena, que esperamos adquiriera con el tiempo. Reflexione bien que los movimientos y gestos y contorsiones no han de ser tan violentos en el arte como en la naturaleza. El arte de la mímica tiene algo de escultural. Conviene no descomponerse. Además, una dama de la alta sociedad como Consuelo, debe ser más reposada y contenida, aún en las mayores vehemencias. Si al escribir la carta provocando la cólera y los celos de su marido lo hubiera hecho en otro reposo, con cierto furor reconcentrado, la escena hubiera sido de doble efecto.

La señorita Contreras, que es también bonita y discreta, se prestó con modestia a representar un papel inferior a su posición en la compañía y no muy de acuerdo con sus facultades; pero, a pesar de esto, lo hizo bien.

Mariano Fernández, agradable como siempre.

Los demás actores trabajaron todos con amor a la obra.

A pesar de sus faltas, podemos decir que ojalá en la obra de la revolución, de la cual también fue Ayala uno de los principales autores, hubiera habido representantes en proporción no inferiores siquiera a los que anoche representaron a *Consuelo*.

(*Los Debates*, 31 de marzo de 1878)